



DOMINGO III DE ADVIENTO

El espíritu de este domingo es de alegría, porque el Señor, nuestro Salvador, está cerca. Se llama también a este domingo, de *Gaudete*, porque es la palabra con que comienza el Introito: *Alegraos*. Habrá algún oyente agnóstico o tal vez, con una idea difusa de la existencia de Dios, es decir, de los que creen que algo hay, pero no creen que Jesucristo es Dios ni, por lo tanto, en el dogma central de la Encarnación del Verbo de Dios. Tal vez una viejo cuento les ayude a entender la necesidad de que la Segunda persona de la Santísima Trinidad tome nuestra carne para salvarnos:

Érase una vez un hombre que no creía en Dios. Era un campesino fuerte y trabajador, un hombre honrado y leal, pero había sido educado en el ateísmo y creía que la religión estaba llena de fábulas hermosas, pero muy lejanas a la realidad.

Una Nochebuena en que estaba nevando, su esposa se disponía a llevar a los hijos a la Misa del Gallo y le pidió que le acompañara, pero él se negó.

"¡Qué tonterías!", se dijo,

"¿Por qué Dios se iba a rebajar a descender a la Tierra?"

La mujer marchó con los niños y él se quedó en casa. Un rato después, los vientos empezaron a soplar con mayor intensidad y se desató una tormenta de nieve. Nuestro hombre se acomodó ante la chimenea, pero, de pronto, oyó un fuerte golpe contra la ventana. A continuación, un segundo golpe. Miró hacia fuera, y entre la niebla y la nieve pudo descubrir, por los alrededores de la casa, una bandada de gansos. Iban camino al sur para pasar allí el invierno, se vieron sorprendidos por la tormenta de nieve y no podían seguir.

El agricultor sintió lástima de aquellas aves y decidió ayudarlas. Se dirigió hacia el granero y abrió las puertas de par en par, pensando: "*Aquí podrán pasar la noche al abrigo de la tormenta*". Aguardó, pero los gansos parecían no haberse dado cuenta siquiera de la existencia del granero.

Entonces el hombre intentó llamar la atención de las aves, pero sólo consiguió que se asustaran y se alejaran más. Decidido, entró en la casa y cogió algo de pan. Lo fue partiendo en pedazos y dejando un rastro hasta el granero, pero los gansos no lo entendieron.

"*¿Por qué no me seguirán? ¿Es que no se dan cuenta de que ese es el único sitio donde podrán sobrevivir a la nevada?*" Reflexionando unos instantes se dio cuenta de que los gansos no seguirían a un ser humano. "*Si yo fuera uno de ellos, entonces sí que podría salvarlos*", dijo, pensando en voz alta. Fue así como se le ocurrió otra idea: entró en el establo, agarró un ganso doméstico y lo llevó en brazos cerca de los otros gansos. Cuando lo soltó, su ganso voló entre los demás y se fue directamente al establo. Una por una las otras aves lo siguieron, hasta que todas estuvieron a salvo.

El campesino se quedó en silencio. "*Si yo fuera uno de ellos, entonces sí que podría salvarlos*". Esta idea resonaba en su interior. De pronto, todo empezó a cobrar sentido. ¡Esto era lo que había hecho Dios! Estábamos perdidos, ciegos, a punto de perecer. Y Dios

se hizo hombre como nosotros para indicarnos el camino y salvarnos. ¡Esto es la Navidad!

La tormenta ya amainaba y el rudo hombre se hincó de rodillas en la nieve. Se disipaban años de incredulidad, sintió una gran paz en su alma y balbució su primera plegaria: *iGracias, Señor, por venir a salvarme de la tormenta!*

En el Evangelio vemos la respuesta que da el Bautista a la embajada enviada por los judíos para averiguar quién era. La respuesta consta de una primera parte simplemente negativa: Ni soy el Cristo, ni Elías, ni el profeta; y otra positiva, en la que San Juan se describe como el adelantado mesiánico. En una y otra resalta su humildad. Enérgico en las primeras, y admitiendo su pequeñez comparada con Cristo; en las segundas, sincero al reconocer su misión.

La verdadera humildad consiste en reconocer la verdad, es decir, en saber lo que no se es; en reconocer lo que se es; y en reconocer que esto mismo lo hemos recibido de Dios.

La humildad es la virtud contraria al pecado capital de la soberbia. ¿Pero quién es soberbio? Digamos con San Agustín: El que no hace penitencia confesando sus pecados. ¿Quién es soberbio? El que lo poco bueno que posee se lo atribuye a sí mismo, menospreciando la misericordia divina.

¿Quién es soberbio? El que, aunque atribuya a Dios lo que Dios le dio, sin embargo, insulta a los que no lo recibieron y se coloca por encima de ellos.

Entended esto perfectamente. **Primero**, todo hombre y mujer debe hacer una penitencia saludable, pero una penitencia que sirva para corregir y no para burlar a Dios. **Segundo**, cuando después de esta penitencia haya comenzado a vivir bien, debe meditar hondamente, no sea que atribuya a sus propias fuerzas lo que pudiese tener de bueno; y dar gracias a Aquél de quien ha recibido el poder vivir santamente, al que le llamó y le iluminó. ¿Y con esto queda terminada la obra? Ni mucho menos. Todavía le queda no ensoberbecerse y compararse con los que no viven como él.

Tal es la doctrina cristiana: nadie obra bien si no es por la gracia de Dios. Lo que el hombre hace de malo, es suyo: lo que hace de bueno se lo debe a Dios. Cuando comience a obrar el bien, que no se lo atribuya a sí mismo. Y cuando sepa que no es suyo, que le dé gracias a Dios, que se lo da gratuitamente. Y cuando sea justo, que no

insulte al que no lo fuere, ni se ensalce sobre él. Porque la gracia de Dios no se ha agotado en ti, y todavía sobra alguna para ese pobre.

Nuestra paz consiste en estar con Dios; aquí por la fe; después cara a cara. Pero esta nuestra paz actual es más bien consuelo en la miseria que alegría en la felicidad. Testimonio de ello es la oración dominical: *perdónanos nuestras deudas*. Oración destinada a aquellos que precisamente viven por la fe, que obra por la caridad (Gálatas 5, 6). Y es que la razón sometida a Dios, pero encerrada en este cuerpo corruptible, que tanto agobia al alma, no domina por completo a la concupiscencia, por lo cual esta oración es necesaria hasta para los justos. Pues, ciertamente, aunque cuando dominen sus vicios, no lo hacen sin lucha, y así ocurre que, en este lugar de flaqueza, siempre se escapa algo, incluso al que lucha bien, y así todos pecamos, si no descaradamente, al menos con charlas ligeras y vanas, y con pensamientos pasajeros.

Aun cuando venzamos, no hay paz completa, porque los vicios que se resisten, pelean con lucha brava y peligrosa, y los que están dominados no nos dejan permanecer en tranquilo ocio, sino que requieren vigilancia constante. Leemos en Job 7, 1: *Tentación es la vida del hombre sobre la tierra*. Y ¿quién sino el soberbio puede presumir de que no necesita pedir a Dios: *perdónanos nuestros pecados*? Ese hombre, no grande, sino hinchado y fatuo, es a quien justamente resiste Dios, que da su gracia a los humildes.

¿Quién es el que no tiene pecado? Comenzad por los sacerdotes. Dios les dijo: *Ofreced primero el sacrificio por vuestros pecados y luego por los de todo el pueblo* (Levítico 16, 6; Hebreos 7, 27). Pero quizás diga alguien que eso se refería a los sacerdotes del Antiguo Testamento. Mirad hijos: Porque Dios lo quiso, yo soy sacerdote, y sin embargo me reconozco pecador y con vosotros me doy golpes de pecho, y con vosotros pido perdón, y con vosotros espero que Dios me sea propicio. Pero, dirá otro: quizás los santos apóstoles, principales corderos del rebaño, no tengan pecado. Pues oíd, hijos al Señor, quien les mandó orar así: *perdónanos nuestras deudas*.

Podrá alguien objetar que tal oración les fue enseñada cuando eran débiles todavía. No. Se ordenó a la Iglesia y a ellos para siempre. Ciento que hasta la Pasión de Cristo fueron débiles; y en ella más, pues tres veces le negó San Pedro. Ciento que después fueron santos y eximios ¿pero vivieron sin pecado alguno? Preguntémoslo a ellos mismos. Decidnos santos apóstoles, después que resucitó el Señor y fuisteis confirmados por el Espíritu Santo ¿dejasteis de pecar? Contestadme, os lo ruego. He aquí que uno se adelanta a respondernos ¿y ved quien es! El más amado del Señor, el

que descansó sobre su pecho. Ese va a hablarnos ¿Tenías pecados o no? Me contesta y dice: *Si dijéramos que no tenemos pecados, nos engañaríamos a nosotros mismos, y la verdad no estaría en nosotros.* Ha hablado San Juan; el que voló tan alto, el que subió como un águila sobre las nubes para poder contemplar con mente serena que *en el principio era el Verbo.* Ese mismo: *¡Si dijéramos que no tenemos pecados!* y también: *Pero si confesamos nuestros pecados, fiel y justo es Dios para perdonarnos.*

Mas, quien acumula virtudes sin humildad, lleva polvo contra vientos, dice San Gregorio. Pero humildad verdadera, porque hay *quien va encorvado y enlutado, pero en su interior está lleno de engaño.* Conocidos tus defectos, la humildad debe ser el primer paso, teniendo como modelo al Señor, que dijo: *Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón* (*Mateo 11, 29*). San Bernardo definió la humildad diciendo: *Es una virtud por la cual el hombre, con un verdadero conocimiento propio, se menosprecia a sí mismo.*

Se alcanza por tres caminos. El primero es considerar a Dios como autor de todo. *Que Él nos hizo y somos suyos* (*Salmo 99, 3*). Luzbel, contemplando su hermosura, se ensobreció, y como al soberbio le persigue la humillación, fue condenado.

El segundo sendero es considerar el ejemplo de Cristo: Le tuvimos como leproso (*Isaías 53, 4*). *No es el siervo mayor que su Señor* (*Juan 13, 16*).

El tercer sendero es considerar la condición de tu ser. De dónde vienes y a dónde vas. Vienes del pecado original y del polvo. Puedes decir como los tres jóvenes en el horno: *estamos hoy humillados en toda la tierra a causa de nuestros pecados* (*Daniel 3, 37*). Vas al polvo y a la ceniza.

La Santísima Virgen dijo en el *Magnificat* que fue elegida porque Dios miró su humildad. San Agustín dice que, cuanto más vacíos estamos en la hinchazón de la soberbia, más llenos estamos de caridad. La gracia es como el agua, que busca la pendiente para llenar los valles, y cuanto mayor sea la de tu humildad, con más fuerza bajará. Por eso dice el Eclesiástico: *La oración del que se humilla traspasa las nubes y no descansa hasta llegar a Dios.* Y añade: *cuanto más grande seas, humíllate más.*

Pues, si deseas subir a la cumbre de la perfección, debes comenzar la atención en ti y entrar en el secreto de tu conciencia, y allí, con diligente cuidado, examinar, investigar y conocer todos tus defectos, todos tus hábitos, todas tus aficiones, todas tus obras, todos tus pecados, así pasados como presentes, y si hallares en ti algo poco recto, deplóralo al momento con amargura de corazón.

Y para que mejor puedas llegar a este conocimiento, debes saber que todos nuestros pecados y maldades los cometimos o por negligencia, o por concupiscencia o

por malicia. En torno a estos tres puntos debe versar el recuerdo de tus maldades; de otro modo no podrás llegar nunca al perfecto conocimiento de ti mismo.

Los pecados de negligencia suelen darse en relación a la guarda del corazón, en el mal uso del empleo del tiempo, en asignar un fin torcido a tus obras. Así mismo, debes examinar cuán diligente has sido en la oración, en la lectura y en la ejecución de la obra, si quieres producir y dar buen fruto a su tiempo; pero mira que no basta una cosa de estas sin las otras. También debes examinar cuán diligente has sido en arrepentirte, en resistir y aprovechar.

Los pecados de la concupiscencia, es decir que provienen del placer, provienen de muchos frentes: manjares y vestidos, vista, oídos; de la curiosidad: charlas vanas, ansia de novedades; y de la vanidad: alabanzas, honras, cargos, etcétera.

Los pecados de la malicia provienen o de la ira: rencores internos y manifestados; o de la envidia, hija de la soberbia, que es la tristeza del bien del prójimo; o de la pereza: del ocio, la tibieza Y de otras fuentes más.

Consideramos, también, cómo los fariseos querían averiguar la vocación de San Juan. De ahí que le preguntaran si era el Cristo, Elías o algún profeta. Lo cual nos da el pretexto justo, para hablar de la vocación. Y ya que son muchos los que preguntan: *¿cuál es mi vocación? ¿Cuáles son los signos por lo que puedo discernir a qué me llama Dios? Vamos, hijos, a explicar un poco la manera o tiempos por los cuales se distingue que Dios llama a uno a tal cosa, y no a otra.*

Es evidente que todos los hombres son llamados por Dios con una vocación determinada y que esta vocación ejerce en la vida de cada uno influencia definitiva. San Alfonso María de Ligorio decía que, *resulta indudable que nuestra salvación depende principalmente de la elección de estado*. Por su parte, San Gregorio Naciancenzo afirmaba que «*así como los relojes, colocada mal la primera rueda, anda desconcertada toda la máquina, así, en orden a nuestra salvación, si se yerra en la elección de estado, toda la Vida se experimentarán los efectos, tristes, de error semejante. Si, pues, queramos salvarnos, es necesario que al tratar del estado que se ha de elegir sigamos la vocación divina, en la cual solamente Dios tiene a cada uno preparados los auxilios eficaces con los que obtendrá la salvación*». De acuerdo con aquella sentencia del Apóstol (1 Corintios 7, 7): *Cada uno tiene de Dios su propia gracia*. Cornelio a Lapide decía: «*Dios da a cada uno su vocación y elige y determina el estado en el cual quiere salvarnos*»

Pero ha sido sobre todo San Ignacio de Loyola quien, en su libro de los Ejercicios Espirituales ha tratado más claramente este tema de la vocación. Según él, hay tres maneras o tiempos «*para hacer sana y buena elección*».

A) Primera manera o tiempo: La vocación del P. Ginhzac

Se ha llamado a este primer tiempo el de la iluminación súbita. Pero digámoslo con las mismas palabras ignacianas: «*El primer tiempo es cuando Dios Nuestro Señor así mueve y atrae la voluntad, que sin dubitar ni poder dubitar, la tal ánima devota sigue a lo que le es mostrado; así como San Pablo y San Mateo lo hicieron en seguir a Cristo nuestro Señor*». Podrían ponerse, como ejemplo de esta vocación, la de San Antonio, la de San Francisco de Borja o la de San Luis Gonzaga. Pero escogemos un caso en el que se muestra aún más esta iluminación repentina.

«*Acabada la misión, Pablo Ginhac me vino a ver. Al entrar me dijo:- «Bien, 'hermanao mía, ya se acabó. Quiero darme del todo a Dios y entrar jesuita. Me voy al noviciado de Aviñón». Yo no podía creer en cambio tan repentino. Gruesas lágrimas caían de mis ojos. «Pero, Pablo, ¿qué ha pasado? ¿Cómo ha obrado Dios esta conversión?» Pablo respondió: «Después de la magna procesión, a la vuelta de una calle, topé con unas andas llevadas por unos jóvenes sobre las cuales Iba un Santo Cristo. De repente me pareció que esta figura estaba' resplandeciente y traspasaba mi corazón. Me hizo bajar los ojos y me sentí cambiado por dentro. Desde entonces no me conozco y estoy en disposición de entregarme todo a Dios»*

B) Segunda manera o tiempo:

Volvamos a San Ignacio «*El segundo cuando se toma asaz claridad y conocimiento por experiencia de consolaciones y desolaciones, y por experiencia de discreción de varios espíritus*

Tornamos como ejemplo la vocación de Santa Margarita María de Alacoque: «*Me llevaron a una casa religiosa, donde me prepararon para la Primera comunión... Tenía vivas ansias de hacer todo lo que veía practicar a las religiosas, considerándolas a todas como santas y pensando que, si lo fuera, llegaría a ser como ellas. Por lo cual Se apoderó de mí tan gran ansia de serlo, que a esto solo esperaba... El demonio se servía de mi ternura y amor filial, representándome incesantemente las lágrimas que derramaba mi madre y diciéndome que, si me hacía religiosa, la mataría de pena... Sentía un tormento insoportable porque tan tierna y mutuamente nos amábamos que no podíamos vivir sin vernos. Por otra parte, el deseo de ser religiosa y el horror a la Impureza no cesaban de importunarme... Comencé, pues, a mirar al mundo y a componerme para agradarle, procurando divertirme lo más que podía... Pero luego,*

cuando por la tardé me quitaba las malditas libreas de Satanás, quiero decir los varios adornos.., lloraba amargamente... Habiendo llegado, finalmente, el día tan apetecido de dar el adiós al mundo, sentí tal gozo y firmeza en mi corazón, que estaba como insensible tanto al cariño como al dolor que me manifestaban todos».

C) Tercera manera o tiempo:

«El tercero tiempo—dice San Ignacio (cf. ibid.)—es tranquilo, considerando primero para qué es nacido el hombre, es a saber; para alabar a Dios nuestro Señor y salvar su ánima, y esto deseando, elige por medio de una vida o estado dentro de los límites de la Iglesia, para que sea ayudado en servicio de nuestro Señor y salvación de su ánima. Dijo tiempo tranquilo, cuando el ánima no es agitada do varios espíritus y usa de sus potencias naturales delibera y tranquilamente». Daremos como ejemplo la vocación de Santa Teresa, según la refiere ella misma: «Aunque fueron los días que estuve pocos, con la fuerza que hacían en mi corazón las palabras de Dios... y la buena compañía vine a ir entendiendo la verdad de cuando-niña; de que era todo nada, y la vanidad del mundo y cómo acababa en breve,-y, a temer, si me hubiera muerto, cómo me iba al infierno; y aunque no acababa mi voluntad de inclinarse a ser monja, vi era el mejor y más seguro estado, y así poco a poco me determiné a forzarme para tomarle. Pero me parece que me movía más un temor servil que el amor. Me engañaba el demonio insinuando que no podría sufrir los trabajos del estado religioso, por ser tan regalada. De esto me defendía considerando los trabajos que pasó Cristo, porque no era mucho yo pasase algunos por Él. Me habían dado con una calentura unos grandes desmayos, que siempre tenía bien poca salud. Medio la vida haber quedado amiga de buenos libros. Leía en las epístolas de San Jerónimo, que me animaban, de suerte que me determiné a decirlo a mi padre, que casi era como tomar el hábito.

En esos días había persuadido a un hermano mío a que se metiese fraile y concertamos entrambos irnos...muy de mañana al monasterio, en donde estaba aquella amiga, que era a la que yo tenía mucha afición. Me recuerdo que cuando salí de casa de mi padre, no creo que será más el sentimiento que cuando me muera. Era todo haciéndome una fuerza tan grande que, si el Señor no me ayudara, no bastaban mis consideraciones para ir adelante. Aquí me dio ánimo contra mí; de manera que lo puse por obra. En tomando el hábito, luego me dio el Señor a entender cómo favorece a los que se hacen fuerza para servirle. A las horas me dio un tan gran contento de tener aquel estado religioso, que nunca jamás me faltó hasta hoy.

Que la Bienaventurada Virgen María nos alcance la gracia de ser profundamente humildes, y de ser dóciles a nuestra vocación.